

LA ORATORIA POLITICA DE ORTEGA Y GASSET (*)

Se puede afirmar, con cierto tono dogmático, que una de las dimensiones más importantes del pensamiento de Ortega y Gasset, cual evidentemente lo es la política, permanece radicalmente inexplorada. Nuestra afirmación no pretende ser ni gratuita ni sensacionalista. La veracidad de la tesis que defendemos no sólo lo prueba el hecho increíble de la escasa existencia bibliográfica al respecto, sino, al mismo tiempo, la sucesiva aparición —desde el año 1969— de sus escritos políticos más destacados —tomos X y XI de sus *Obras Completas*— con una innegable intencionalidad, por parte de la entidad editora de las mismas, a saber: subrayar lo novedoso de esta aparición. La verdad es que, y tampoco pretendemos exagerar lo más mínimo, en torno de la vertiente sociopolítica orteguiana ha existido, cuando menos hasta la fecha reseñada, un inexplicable silencio. Ortega y Gasset que, en otras áreas del saber ha sido exhaustivamente analizado, presenta, en cuanto se refiere a la política, atroces lagunas de silencio. Cabe, por lo tanto, el preguntarse: ¿Es que no interesa el pensamiento político de Ortega y Gasset? ¿Es que no existen estudiosos realmente capacitados para llevar a feliz término esta tarea? ¿Es que existen ciertos intereses que se oponen a ello?

Subrayemos, antes de proseguir, que en Ortega y Gasset palpité el corazón de un auténtico político. De un político irrepetible que, efectivamente, parecía haber extraído sus saberes y experiencias de las entrañas mismas de aquella sutil, lejana y lírica Grecia clásica. Pocos hombres han ofrecido, con tanta generosidad como el autor de *La rebelión de las masas*, un ejemplo más alto de sensibilidad y de humildad, tanto en el momento del triunfo como en el de la derrota, para valorar con rigurosa ecuanimidad cuanto se esconde en la expresión, esquiva y contradictoria, de la «política». Uno de los quehaceres más sugestivos de cuantos el hombre puede emprender y, desde luego, una de las facetas que, según aconsejaba el eminente filósofo madrileño, con más entrega e ilusión debemos cuidar.

Es obvio que no descubrimos absolutamente nada nuevo si afirmamos que

(*) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Discursos políticos*. Alianza Editorial, Madrid, 1974-235 páginas.

casi el 70 por 100 de su obra escrita y de sus actuaciones públicas orales, y perdonémosles la exposición de tan frío cálculo matemático, fueron consagradas por Ortega y Gasset a los temas y problemas propios de la jurisdicción política. Ciertamente, nos ha dicho Julián Marías, el «actualismo» de toda la obra de Ortega y Gasset, su inserción en la circunstancia española y la anomalía de ésta, tenían forzosamente que impulsarlo hacia la política. Hay, además, en él, a lo largo de toda su vida, una vocación política que hay que intentar precisar.

«Había tenido, desde su niñez, lo que podríamos llamar una educación política. Esta expresión apenas tiene sentido inteligible para los españoles de menos de cuarenta años, y un sentido no demasiado pleno y saturado para los mayores; y otro tanto ocurre a los ciudadanos de muchos países de Europa y América, donde la política ha dejado de existir hace tiempo y ha sido sustituida por diversas cosas distintas. En Europa, e incluso en España, a fines del siglo XIX y hasta 1914, había política, y ésta se ajustaba a ciertas normas, a ciertas reglas de juego y, por tanto, a un sistema de valoraciones. Cuando leemos las feroces críticas políticas de los escritores españoles —los del 98, los de la generación de Ortega y Gasset—, no podemos evitar un movimiento de sorpresa: ¿de qué se quejan? —murmuramos—, ¿por qué exagerar de esta manera? Una segunda reflexión nos recuerda el nivel de pretensión a que se movían, las infinitas cosas a que desde entonces hemos renunciado, el cambio que ha acontecido a la frontera entre lo admisible y lo intolerable. La política —una política que parecía pésima a los hombres mejores del tiempo, probablemente con razón— existía; disponía de cauces por donde fluía; constituía una "carrera" sujeta a su disciplina propia y que requería ciertas cualidades y admitía éxitos y fracasos; por todo ello había una educación, un adiestramiento para los problemas, las técnicas, los procedimientos, hasta los ardides...» De este modo, ciertamente, fue educado el propio Ortega y Gasset.

No deja de ser curioso, por otra parte, que la nota peculiar del pensamiento político orteguiano, como recientemente ha subrayado el profesor Paulino Garagorri, se caracteriza por su rabioso criticismo: «El pensamiento político de Ortega y Gasset acerca de la vida española es una visión crítica, como fuerza corresponde a quien ha vivido en constante oposición a los hombres que usufructúan el Poder. Se trata, pues, de un pensamiento crítico, sustentado, además, en una perspectiva histórica —de la tradición española y de la situación del Occidente europeo—, y movido siempre por una intención pedagógica, es decir, por la anticipación de las entendederas del oyente y el atenuamiento al mejor modo de introducirse persuasivamente en su intimidad. No se trata de un opinar a bote pronto y como si el curso de la historia española obedeciese a un azar que se puede corregir en dos palabras. Por consi-

guiente, las constantes denuncias y los recursos a que hace apelación son núcleos de extrema complejidad. Así, cuando en 1931 dice que el sistema político de la Monarquía de Sagunto «ha vivido de especular sobre los vicios nacionales» o «que el poder público, él mismo, emplee abusivamente sus propias leyes, las desvirtúe, vilipendie y prostituya, es cosa difícil de creer, pero es la historia del Estado español durante medio siglo»; o cuando escribe: «No se trata de hacer pasar el gobierno de las manos de unos individuos a otros. Se trata de sustituir radicalmente el eje histórico de la existencia nacional, de entregar a España a otras clases y maneras de hombres.»

En rigor, como es bien sabido, Ortega y Gasset inició muy joven su actividad política —sobre 1909— Una actividad que se prolongará hasta los años de 1935, fecha en la que, el propio pensador, se condena voluntariamente a un mutismo absoluto en cuestiones socio-políticas. Mutismo que, efectivamente, mantiene hasta su propia muerte. La pluma y la palabra fueron, por supuesto, sus dos armas principales. No deja de resultarnos profundamente extraño el hecho de que, justamente, frente a la inmensa popularidad de la que siempre ha gozado su obra humanística, se eleve terriblemente acusador el silencio en el que ha estado sumida su obra política. En torno, pues, de lo que podríamos considerar sus actuaciones públicas ese silencio hace daño.

La aparición, pues, de la bellísima y lograda recopilación de sus escritos de oratoria pública rompe, afortunadamente, con ese muro de ingratos olvidos y pone, en presencia de las nuevas generaciones universitarias del país, una sugestiva imagen del Ortega y Gasset esencialmente político. Imagen, pensamos, tan valiosa como la del Ortega y Gasset filósofo. La imagen política de Ortega y Gasset encierra un valor absoluto, a saber: ser el testimonio directo, severo e imparcial para conocer, de una vez para siempre, lo que durante casi treinta y cinco años anduvo mal en la política española. La palabra de Ortega y Gasset, tomada y valorada desde esta perspectiva, no es otra cosa que una clara, infatigable y valiente denuncia.

Quien, sin reserva mental alguna, penetre por entre las páginas de la cuidada y deliciosa antología de escritos políticos que Alianza Editorial incorpora a su ya amplio catálogo —el libro que comentamos lleva impreso sobre su lomo el número 500— podrá advertir, si tiene bien a la vista cada una de las fechas con las que se señalan, a pie de página, los diferentes momentos en los que el autor pronunció cada uno de los discursos que se insertan en esta antología, un sugestivo fenómeno, a saber: *la metamorfosis espiritual que el ser del gran hombre metido a político experimenta según avanza en el tiempo.* El propio Ortega y Gasset abordó con indudable autoridad cada uno de los problemas que rodean la existencia del político: *formación intelectual adecuada, perfecta visión de la oportunidad, límites diáfanos entre la esfera de*

la vida pública y la privada, etc. Para Ortega y Gasset está más que claro el hecho de que, quiérase o no, «la vida de un grande hombre político cambia de aspecto en el momento en que empieza a actuar como hombre público». Para Ortega y Gasset, efectivamente, lo más importante del fabuloso *habitat* que rodea al hombre público, lo constituye, precisamente, su vida privada. La vida privada de un grande hombre entregado a la política se transforma en el afluente principal de donde dimana lo que de humano, espiritual y sincero existe en el hombre. El hombre público es, en la concepción orteguiana, una proyección de lo privado.

Los hitos de la evolución del pensamiento político de Ortega y Gasset, teniendo bien a la vista las páginas de esta sugestiva antología, son relativamente fáciles de fijar. La más seria dificultad que se opone al cometido indicado se debe, ante todo, a las características peculiares de la época en la que vivió el autor de *La rebelión de las masas*. Una época, como es bien sabido, en la que las ideas transitaban de la misma forma o manera con que, por ejemplo, llegan las abejas a la colmena: zumbando, en tropel y anárquicamente. El primer trabajo que el filósofo madrileño tuvo que emprender —dando cumplimiento a la más estricta obligación del que ama la sabiduría— fue el de poner orden en el caos.

Como ha dicho Julián Marías, al estudiar la dimensión que aquí y ahora más nos interesa de Ortega y Gasset, 1914 es la fecha en la que el filósofo madrileño «se da de alta» en la vida pública. Sabemos —subraya el autor citado—, que hasta entonces llevaba doce años de actividad literaria, de frecuente colaboración en periódicos y revistas, con ocasionales apariciones personales en la tribuna de una conferencia. Pero todo esto, a pesar de la seguridad que caracterizaba a Ortega y Gasset desde sus comienzos, y que suscita automáticamente vivas adhesiones o no menos viva irritación, tenía un inequívoco matiz de iniciación, de presión juvenil sobre un mundo todavía «ajeno», en el sentido en que lo es aún una costa a la que se está llegando. La acción juvenil en cuanto tal, por meditada y «madura» que sea, y cualquiera que sea su ímpetu, es siempre una forma de «arribada». Otra significación tiene la fundación de la *Liga de Educación Política Española*, una de las empresas de menos consecuencias visibles, pero más reveladoras, de las acometidas por Ortega y Gasset, y que ha solido ser desatendida cuando no enteramente olvidada.

No obstante las malévolas alusiones que sobre el pensamiento político orteguiano se han hecho por distintos estudiosos españoles, algunos pretenden destacar ciertos rasgos de frivolidad en las interpretaciones que Ortega y Gasset nos ofrece respecto de determinados aspectos doctrinales, lo cierto es, como muy bien lo ha demostrado Julián Marías, que el gran filósofo es-

pañol trazó un rigurosísimo programa para llegar al conocimiento y al ejercicio de la política. Consecuentemente, como valiosísimo y elocuente ejemplo de lo que venimos insinuando, Ortega y Gasset exigía estar en posesión de muy trascendentales cualidades para poder formar parte de su primera fundación de carácter socio-político: la *Liga de Educación Política Española*. «El Prospecto subraya a la vez —escribe Julián Marías— el carácter "exigido" de la tarea que estos hombres se imponen y la personalidad colectiva de su generación: "Una tarea inalienable, que errores viejos y presentes tibiezas dejan caer de golpe sobre los hombros de una generación".» Todavía más claramente aparece esto en la conferencia de Ortega y Gasset —conferencia fundacional—. La Liga está compuesta de «hombres que, como yo y buena parte de los que me escucháis, se hallan en *el medio camino de la vida*». Se trata «de ideas, de sentimientos, de energías, de resoluciones comunes, por fuerza, a todos los que hemos vivido sometidos a un mismo régimen de amarguras históricas, de toda una ideología y toda una sensibilidad yacente, de seguro, en el alma colectiva de una generación que se caracteriza por no haber manifestado apresuramientos personales; que, falta tal vez de brillantez, ha sabido vivir con severidad y con tristeza; que no habiendo tenido maestros, por culpa ajena, ha tenido que rehacerse las bases mismas de su espíritu; que nació a la atención reflexiva en la terrible fecha de 1898, y desde entonces no ha presenciado en torno suyo, no ya un día de gloria ni de plenitud, pero ni siquiera una hora de suficiencia. Y, por encima de todo esto, una generación, acaso la primera, que no ha negociado nunca con los tópicos del patriotismo y que... al escuchar la palabra España no recuerda a Calderón y a Lepanto, no piensa en las victorias de la Cruz, no suscita la imagen de un cielo azul y bajo él un esplendor, sino que meramente siente, y esto que siente es dolor.»

Es conveniente recordar, antes de profundizar en las ideas políticas del eminente pensador español, que, ciertamente, Ortega y Gasset, lo mismo que muchísimos políticos españoles, dio a veces a su pensamiento político giros abismales. Giros, en rigor, todos perfectamente justificados puesto que Ortega y Gasset no cambiaba fácilmente una creencia de no estar radicalmente convencido de la necesidad de hacerlo y, sobre todo, de la garantía de la autenticidad de la idea o creencia que venía a reemplazar a la anterior. Hay, evidentemente— a pesar de todo—, un profundo dinamismo —así lo señala uno de los autores que más detenidamente han estudiado la vertiente política orteguiana (nos referimos a Pablo Cepeda Calzada)— en la evolución de las ideas políticas de Ortega y Gasset: «Si observamos el hecho, siempre inquietante y cargado de sorpresas y peligros, de la toma de posición respecto a determinadas tendencias concretas del acontecer político, y ese hecho lo explaya-

mos a través de la vasta singladura con que Ortega y Gasset lo afrontó, lo primero que nos salta a la vista son los cambios tan decisivos y las posturas tan diversas que adoptó frente a las situaciones que se le iban presentando. No cabe resolver estas aporías con el fácil comodín de supuestos compromisos ocasionales. Para plantearnos con dignidad la tremenda implicación, en la vida personal y colectiva, de las actitudes políticas, es necesario recurrir a los principios ideológicos, los cuales se inscriben y dan sus fulgores diamantinos en el mundo superior de la cultura o de las Ciencias morales y políticas. Sólo en este reino de las significaciones, encontramos los focos que nos arrojan un poco de luz sobre las desgarradas convulsiones, movidas por intereses y pasiones, de las fuerzas oscuras, que afloran a cada paso en la práctica del juego político. Los principios ideológicos de las corrientes políticas se montan, en definitiva, sobre la concepción que se tenga del hombre y de la sociedad y, en último caso, sobre la idea del mundo y sus supuestos teológicos...»

Ortega y Gasset, en rigor, no tuvo buen concepto ni de los políticos ni de la política. «No he hallado en derredor sino políticos —confiesa en las páginas de *El Espectador*—, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestos sólo a usar de las cosas como les conviene. Política se hace en las academias y en las escuelas, en el libro de versos y en el libro de historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje. Muy especialmente se hace política en los laboratorios: el químico y el histólogo llevan a sus experimentos un secreto interés electoral.» De aquí, lógicamente, que en otro de sus libros —*Mirabeau o el político*— concluya afirmando que, quíerese o no, «es la política una actividad tan compleja, contiene dentro de sí tantas operaciones parciales, todas necesarias, que es muy difícil definirlas sin dejarse fuera algún ingrediente importante. Verdad es que, por la misma razón, la política, en el sentido perfecto del vocablo, no existe casi nunca. Casi todos los hombres políticos lo son meramente en parte. En el mejor caso, poseen con plena conciencia una u otra dimensión del político, y se contentan con ella, ciegos por las restantes.»

Con la sinceridad que siempre le caracterizó Ortega y Gasset reconoce, en su *Discurso en las Cortes Constituyentes* (el 4 de septiembre de 1931), el sugestivo poder de atracción que entraña la política: «La política lo penetra todo; en definitiva, lo decide todo. Es un poder misterioso, instintivo, que no se ha logrado aún analizar, pero que rige la Historia; incluso en lo económico; es un poder ajeno y distinto de todos los demás, que en cada edad se camoufla según el matiz de los tiempos, como los grandes ríos toman el color del cielo y de las nubes viajeras que sobre ellos pasan a la deriva; y unas veces la política se disfraza de luchas de razas y de sangre, y otras veces de

luchas religiosas, y otras, como en el último siglo, de luchas económicas; pero, en realidad, bajo todo ese disfraz y máscara es el instinto político, el instinto del Poder quien rige la Historia» (pág. 164).

Una política para merecer este nombre necesita tener aspiraciones y, sobre todo, que esas aspiraciones se puedan cumplir. Ortega y Gasset considera, y bien claro es el testimonio que al respecto expone —*Conferencia en el Teatro de La Comedia* (23 de marzo de 1914)—, que es llegada la hora a nuestro viejo mundo de proceder al destierro de todo cuanto signifique mera «promesa». El futuro, por el contrario, exige «realizaciones». Consecuentemente —subraya Ortega y Gasset—, «la política es tanto como obra de pensamiento obra de voluntad; no basta con que unas ideas pasen galopando por unas cabezas; es menester que socialmente se realicen, y para ello que se pongan resueltamente a su servicio las energías más decididas de anchos grupos sociales.

»Y, para esto, para que las ideas sean impetuosamente servidas, es menester que sean antes plenamente queridas, sin reserva, sin escepticismo, que hinchen totalmente el volumen de los corazones» (pág. 66).

La política no es, en la concepción ideológica de Ortega y Gasset, algo que sólo puede hacerse desde las instituciones oficiales. Todos, de algún modo, podemos configurar su imagen. Por eso mismo, primer principio que las Constituciones deberían insertar en su artículo es el referente a que, en rigor, *nadie puede tomar la licencia de escatimar su colaboración al Estado*: «El Estado contemporáneo exige una constante y omnimoda colaboración de todos sus ciudadanos o individuos, y esto no por razones de justicia política, sino por ineludible forzosidad. —*Conferencia en el Cinema de la Opera* (6 de diciembre de 1931)—. Las necesidades del Estado actual son de tal cuantía y tan varias que necesitan la permanente prestación de todos sus miembros y, por eso, en la actualidad, gobernar es contar con todos. Por tal necesidad, que inexorablemente imponen las condiciones de la vida moderna, Estado y nación tienen que estar fundidos y en uno: esta fusión se llama democracia. Es decir, que la democracia ha dejado de ser una teoría y un credo político que unos cuantos agitan, para convertirse en la anatomía inevitable de la época actual. Por tanto, es inútil discutir sobre ella; *la democracia es el presente*, no es que en el presente haya demócratas...» (pág. 201).

Espigando con absoluta objetividad en las páginas que Ortega y Gasset nos ofrece podemos llegar, cuando menos, al establecimiento de teorías generales sobre temas tan importantes y trascendentes como, por ejemplo, *la influencia del poder público, el "dolor" de España, la teoría de las dos Españas, la política cultural, la presencia de la juventud en la política, etc.*

Subraya Ortega y Gasset, en el texto de su intervención pública del Cinema de la Opera, que, efectivamente, España es el país entre todos los conocidos donde el poder público una vez afirmado tiene mayor influjo, tiene un influjo incontrastable porque, desgraciadamente, nuestra espontaneidad social ha sido siempre increíblemente débil frente a él. El pueblo español —algo de esto puntualizaba igualmente don Miguel de Unamuno—, el alto, medio e ínfimo, *no ha podido nunca vivir de sí mismo y por sí mismo*; no se le ha dejado franquicia a su propio intransferible destino; no ha podido hacer la Historia que germinaba en su interior, sino que era una y otra vez y siempre frenado, deformado, paralizado por ese poder público (pág. 200).

Tal vez por eso, el hecho español, la realidad actual española se nos convierte en un problema. Es curioso que Ortega y Gasset sea uno de los pocos autores patrios que olímpicamente eluden, al hacer referencia al dolor literario de España, todos los tópicos existentes al respecto. España, en el pensamiento del autor de *España invertebrada*, no es un pozo de errores y de dolores, sino, por el contrario, fría y escuetamente un problema: »España nos preocupa —destaca el propio Ortega y Gasset, en plena mocedad, en la *Conferencia en la Sociedad "El Sitio"*, de Bilbao (12 de marzo de 1910)—, y nos sorprendemos ocupados seriamente en resolver un problema. Un problema cuya solución final depende tan sólo de que sepamos o no elegir: Hay dos maneras de patriotismo: es una, mirar la patria como la condensación del pasado y como el conjunto de las cosas gratas que el presente de la tierra en que nacemos nos ofrece. Las glorias más o menos legendarias de nuestra raza en tiempos pretéritos, la belleza del cielo, el garbo de las mujeres, la chispa de los hombres que hallamos en torno nuestro, la densidad transparente de los vinos jerezanos, la ubérrima florecencia de las huertas levantinas, la capacidad de hacer milagros ínsita en el pilar de la Virgen aragonesa, etc., componen una masa de realidades, más o menos presuntas, que es para muchos la patria. Como se parte del supuesto de que todo eso es real, está ahí, no hay más que abrir los ojos para verlo, resulta que frente a esa noción de patria no queda al patriotismo más que hacer sino asentarse cómodamente y ponerse a gozar de tan deleitable panorama. Este es el patriotismo inactivo, espectacular, estático, en que el alma se dedica a la fruición de lo existente, de lo que un hado venturoso le puso delante.

»Hay, empero, otra noción de patria. No la tierra de los padres, decía Nietzsche, sino la tierra de los hijos. Patria no es el pasado y el presente, no es nada que una mano providencial nos alargue para que gocemos de ello; es, por el contrario, algo que todavía no existe, más aún, que no podrá existir como no pugnemos enérgicamente para realizarlo nosotros mismos. Patria en este sentido es precisamente el conjunto de virtudes que faltó y falta a nues-

tra patria histórica, lo que no hemos sido y tenemos que ser so pena de ser-timos borrados del mapa» (pág. 43).

Y es que, en el fondo, nuestro gran problema político se reduce a que, desde siempre, ha existido una imagen desdoblada de nuestra patria: «Dos Españas, señores —manifestó Ortega y Gasset en su *Conferencia en la Sociedad "El Sitio"* (11 de octubre de 1914)—, están trabadas en una lucha incesante: una España muerta, hueca y carcomida, y una España nueva, afanosa aspirante, que tiende hacia la vida y todo está arreglado para que aquélla triunfe sobre ésta. Porque la España caduca se ha apoderado de todos los organismos públicos, de todo aquello que podemos llamar lo oficial y que no es sólo la *Gaceta* y los Ministerios, y esa España cadavérica y purulenta convertida en España oficial, gravita, aplasta, agota los gérmenes de la España vital...» (pág. 108).

La culpa de que, inevitablemente, exista ese desdoblamiento de la imagen de España recae por entero en quienes rehuyeron de dar cima a la tarea más importante que cabe imaginar en una nación, a saber: *educar la conciencia pública*. La cultura constituye el soporte insustituible de la paz: «No quiero que os asusten mis palabras. Yo soy, o quisiera ser al menos, un pacífico: la labranza de esta miel espiritual de la paz es para mí el destino del hombre. Paz y cultura tienen un valor recíproco en mi vocabulario: paz es la postura del alma culta, y cultura es cultivo, es labranza de la paz. *Homines ex natura hostes*. Por naturaleza son los hombres hostiles; sólo la cultura los hace amigos. Nuestros cuerpos manan enemistad, nuestros instintos segregan desvío y repulsión. ¡Qué importa! Alojada en el órgano material es cada alma una hilandera de ideal, productora de hilos utilísimos que traspasan otras almas hermanas, como rayos de sol, y luego otras y otras. Lentamente los hilos se multiplican, el tejido de la cultura se va haciendo más prieto, más firme, más extenso, hasta que un día la Humanidad entera se halle tramada y, como con un manto místico, cubra con ella sus lomos desnudos el Gran artífice, el promotor del bien...» (pág. 23).

Para Ortega y Gasset, tesis que no dudó en exponer a los cuatro vientos, ni la fuerza que entraña la violencia es capaz de superar a la fuerza que entraña, espiritualmente, la cultura: «Cultura no es una palabra vaga —podemos leer en el texto de la intervención pública que, el día 2 de diciembre de 1909, tuvo el autor de *La rebelión de las masas en la Casa del Partido Socialista madrileño*—: cultura es cultivo científico del entendimiento en cada hombre, de su moralidad, de sus sentimientos. Es, pues, preciso para que la cultura sea verdaderamente el poder espiritual reconstruir la sociedad, que todos los hombres participen de ella y que las instituciones se transformen de manera que todos puedan ser cultos...

»El hombre es hombre en tanto en cuanto es capaz de ciencia y de virtud, de cultura. Este es el sentido grandioso del socialismo iniciado por Saint-Simon; éste es el contenido inagotable de la idea democracia: es preciso que se coloque a todos los hombres en condiciones de ser plenamente hombres. Hombre no es el que come mejor; hombre es el que piensa y se comporta con rígida moralidad. *El comer, el vestir, todo lo económico no es más que un medio para la cultura.*

»La cultura se va imponiendo: es el poder espiritual moderno. Gracias a que las gentes, educadas por la ciencia, se han convencido de que es un deber hacer participar a todos los hombres en la cultura, han apoyado directa o indirectamente a los partidos socialistas.

»El derecho a producto íntegro del trabajo que pide vuestro partido —el socialista— no es sino un medio para que conquistéis otro derecho: el derecho a la cultura integral humana» (pág. 37).

Ahora bien, lo advertía Ortega y Gasset igualmente, no resulta fácil ni el establecer ni el reformar determinados programas culturales: «¿Cómo, en efecto, mejorar a España seriamente si no tenemos una idea un poco exacta de lo que debe ser una sociedad?»

»Hemos visto que el hecho social nos aparecía cuando buscando la realidad del individuo lo hallábamos únicamente en complexión y enlace con otros individuos, cuando tomando aparte cada hombre encontrábamos que su interior estaba adobado con materiales comunes a los demás hombres. En efecto, señores, lo social es la combinación de los esfuerzos individuales para realizar una obra común. La sociedad no es originariamente la comunidad de sentimientos, de gustos, de aficiones: si no fuera esencial al hombre la obtención de ciertos productos que sólo comunalmente pueden lograrse, la sociedad no existiría y el mundo estaría habitado de solitarios que al pasar unos junto a otros no se sentirían, como el árbol en medio de la espesura del bosque se halla aislado y sin sospecha de que sus hojas se entretejen con las de otro árbol hermano.

»Las comunidades del sentimiento están fabricadas en el aire, en el agua, en la arena. Las simpatías entre los hombres son siempre fortuitas porque son transracionales...

»Cultura es labor, producción de las cosas humanas; es hacer ciencia, hacer moral, hacer arte. Cuando hablamos de mayor o menor cultura queremos decir mayor o menor capacidad de producir cosas humanas, de trabajo. Las cosas, los productos son la medida y el síntoma de la cultura. *Los españoles —ésta es nuestra grave maldición— hemos perdido la tradición cultural; dicho más vulgarmente, hemos perdido el interés por las cosas, por el trabajo productor de manufacturas —mentefacturas humanas—. Ahora bien, esta supre-*

ma pedagogía de las cosas, esta suprema disciplina de los objetos nos falta; sólo nos rigen y dirigen los apetitos individuales, los cambiantes humores sentimentales, las simpatías o antipatías de nuestros nervios. Y como entre individuos los motivos de divergencia y antipatía son a la larga mayores que los de concordia y simpatía, he ahí nuestra nación en la actualidad disgregada en átomos: *nuestra actividad se reduce a negarse unas personalidades a otras, unos grupos a otros, unas regiones a otras*» (págs. 55).

Pensamos y asumimos la plena responsabilidad que pueda derivarse de la exposición de este juicio, que todos los discursos socio-políticos de Ortega y Gasset tienen un único destinatario: la juventud. Ideas, juicios y conceptos son expuestos pensando únicamente en las jóvenes generaciones. El tema se torna tan obsesivo en la mente de Ortega y Gasset que, efectivamente, llega a traicionarle y hace declarar al propio autor que el único público que anhela es el joven. Toda la obra del autor de *La rebelión de las masas* parece estar escrita por y para los jóvenes —los jóvenes de todas clases—: el gran tema de las preferencias orteguianas. Supo Ortega y Gasset seguir de cerca la inquietud juvenil y trazó, en media docena de líneas, el más perfecto de cuantos retratos se han hecho de la juventud española. Esas líneas sirven, precisamente, de obertura al discurso dialéctico sobre Pío Baroja. He aquí, ciertamente, lo que nos dice: «Hay seguramente unas cuantas docenas de jóvenes españoles que, hundidos en el oscuro fondo de la existencia provinciana, viven en perpetua y tácita irritación contra la atmósfera circundante. Me parece verlos en el rincón de un casino, silenciosos, agría la mirada, hostil el gesto, recogidos sobre sí mismos como pequeños tigres que aguardan el momento para el magnífico salto predatorio y vengativo. Aquel rincón y aquel diván de peluche raído son como un peñasco de soledad donde esperan mejores tiempos estos naufragos de la monotonía, el achabacanamiento, la abyección y la oquedad de la vida española. No lejos juegan su tresillo, hacen su menuda política, tejen sus mínimos negocios, las "fuerzas vivas" de la localidad, los hombres constituyentes de este onminoso instante nacional.»

Toda la obra de Ortega y Gasset, repetimos una vez más, tuvo su norte en la juventud. El propio autor no vacila en subrayarlo: «Yo no puedo dirigirme sino a la gente moza: ¿cómo podía atreverme a conducir a este torpe tropel de mis palabras hacia las almas ya hechas de los hombres maduros? Para ello me falta en absoluto la autoridad: permitidme añadir que me falta también el humor. Moralmente es deber de todos, mientras nos queden unos pocos alientos, reformar en mejoría la constitución de nuestra morada interior: pero *realmente* suele ocurrir que esto no es posible. Bajo nuestro paralelo, al menos, los espíritus al tomar la vuelta de los cuarenta años se obliteran definitivamente. Y la reforma española, señores, exige, en mi opinión, un

cambio tan radical en el sistema de preocupaciones y de maneras de querer, de pensar y de conmoverse que es psicológicamente imposible esperar este cambio en las almas ya hechas.

»Insisto, pues, en advertir que me dirijo a los jóvenes —*Conferencia en el "Ateneo" madrileño (15 de octubre de 1909)*— so pena de que pareciera inaudito que quien no es político ni entiende de política viniera aquí a dar en tono ejemplar sus ingenuas opiniones» (pág. 13).

Consecuentemente, como el futuro lector de estos *discursos ejemplares* podrá advertir, no obstante las graves circunstancias que el autor analiza existe una interrogante que intencionadamente nos depara el eminente pensador, en la que, efectivamente, se resume el colosal contenido doctrinal de toda la obra: ¿Qué ocurre cuando una generación transita estéril y distraídamente? «*Cada generación llega al mundo con una misión específica, con un deber adscrito nominalmente a su vida. Los deberes no son para escogidos sino para cumplidos. El contenido de la moralidad, de lo humano, no es nunca un montón de fórmulas abstractas, sino que en cada momento aparece concretado en tareas precisas y perentorias que es preciso al punto emprender. Sólo al través del cumplimiento de estos deberes inmediatos, precisos, perentorios, llegamos a merecer íntegramente el soberano título de hombres. A los españoles que hoy gozan los cincuenta años sólo de una manera les hubiera sido posible elevarse a esa dignidad: trabajando un día y otro, de la mañana a la noche, en la europeización de España. No se sabe que lo hayan intentado; se sabe muy de cierto que no lo han hecho.*

»Reservo una ilimitada cortesía para los individuos que hoy ejercen las funciones nacionales, desde la gobernación a la literatura y la enseñanza; acaso en el privado recinto personal hayan cumplido espléndidamente con sus obligaciones, pero como generación han fracasado.

»¿Será esto que voy a maldecir de los viejos, como es uso de esos jóvenes que agrupados en torno de una mesa de café se dedican a la triste labor de ponerse al rojo las soberbias? ¡Qué vergüenza me daría, señores, si lo creeráis así! Mirad: si por cualquier momento de la historia hacemos un corte hallaremos una generación de hombres ya hechos, que parecen constituir la "realidad histórica" de aquel momento. Estos hombres tienen una manera peculiar de sentir lo divino, de comportarse en el tramo humano, de resolver los problemas públicos; una manera genuina, en fin, de soñar, de anticipar el porvenir en la sutil especie del ideal. Mas para saber en qué consiste, qué valor tiene esta "realidad" en cada caso, tenemos forzosamente que investigar de dónde viene aquella manera suya de pensar, de querer y de sentir. La realidad histórica, señores, no es el montón de los hechos: la muerte de César aislada, en sí misma, es un hecho biológico, un problema que

sólo puede interesar a la medicina legal. Lo histórico en la muerte de César es su sentido, su valor, el porqué fue asesinado y el cambio de la constitución romana que motivó. Del mismo modo, la realidad histórica de una generación consiste en ser el punto de intersección de una generación anterior que la ha preparado y de otra subsecuente que mana y deriva de ella: *cada generación es discípula de una más vieja y maestra de otra más joven*. Esta doble función de maestro y discípulo es lo importante, lo serio en la Historia. Por eso Lessing interpretaba ésta como el proceso de educación del humano linaje, y, en tal sentido, nada más cierto que ver en la pedagogía la médula de la Historia. Cada cual hace lo que es capaz de hacer, mas su capacidad depende completamente de su preparación: esto nos obliga a mantener despierta la conciencia de nuestra solidaridad con las fuerzas y hasta con los vicios del pesado» (pág. 15).

Pero, independientemente, de la atención que Ortega y Gasset otorga a la juventud debemos destacar, igualmente, el cúmulo de grandes exigencias y de grandes realidades que el autor de *España invertebrada* columbra sobre las espaldas de la misma: *La juventud está moralmente obligada a preocuparse de la política y del estudio*. El hecho de ser joven imprime carácter y es inconcebible, consecuentemente, que alguien que es joven se desentienda de la realidad oficial que rodea su existencia. No sin razón, pues, afirma Ortega y Gasset que «un español mozo no es culpable de no haber tenido tiempo para llegar a ser presidente del Consejo, pero *nadie le impedía sentir amor y curiosidad por el pueblo, llevarle sus ideales y sus estudios, dedicarle los ocios de una vida menos opresa*» (págs. 27).

Finalmente, nos atrevemos a añadir, de la lectura pausada y penetrante de cada uno de los discursos políticos que se insertan en este bellissimo libro podemos deducir, con toda claridad, algunos de los principios y determinadas facetas del arte de gobernar que suscitaban en el ánimo de Ortega y Gasset cierta simpatía. Verdad es, y así debemos subrayarlo, que ya Julián Marías destacó en las páginas de uno de sus libros —*Ortega: circunstancia y vocación*— este aspecto al que, evidentemente, aquí y ahora nos referimos: «En cuanto a las formas de gobierno, Ortega y Gasset no se siente ligado *por principio* ni a la Monarquía ni a la República. Lo único que considera inmutable e imprescindible es, con el liberalismo, "los ideales genéricos, eternos de la democracia"; ni siquiera puede aceptar que se diga que la República es mejor en teoría: "no hay más teoría que la teoría de una práctica, y una teoría que no es esto, no es teoría, sino simplemente una ineptia".» «Se trata —añade— de estructurar la vida española, se trata de obrar enérgicamente sobre esos últimos restos de vitalidad nacional. Para esto, nosotros empezamos a trabajar en la España que encontramos. Somos monárquicos, no tanto por-

que hagamos hincapié en serlo, sino porque ella —España— lo es... En esta materia no es decorosa al siglo XX otra postura que la experimental... La Monarquía tiene que justificar cada día su legitimidad, no sólo negativamente, cuidando de no faltar al derecho, sino positivamente, impulsando la vida nacional... Si se quiere una fórmula..., diríamos que vamos a actuar en la política como monárquicos sin lealismo. *La Monarquía es una institución, y no puede pedirnos que adscribamos a ella el fondo inalienable, el eje moral de nuestra conciencia política*: Sobre la Monarquía hay por lo menos dos cosas: la justicia y España. Necesario es nacionalizar la Monarquía.»

Liberalismo y nacionalización: estos son los lemas que Ortega y Gasset propone. «Nacionalización del Ejército, nacionalización de la Monarquía, nacionalización del clero, nacionalización del obrero; yo diría que hasta nacionalización de esas damas que de cuando en cuando ponen sus firmas detrás de unas peticiones cuya importancia y trascendencia ignoran...» Pero tiene que advertir Ortega y Gasset que «nacionalización nada tiene que ver con «nacionalismo», del cual había dicho ya en 1908 que «merece exquisito desprecio». *«Nacionalismo —concluye— supone el deseo de que una nación impere sobre las otras, lo cual supone, por lo menos, que aquella nación vive. ¡Si nosotros no vivimos! Nuestra pretensión es muy distinta: nosotros... nos avergonzaríamos tanto de querer una España imperante como de no querer una España en buena salud, una España vertebrada y en pie.»*

Estos principios se traducen en un programa político que es un programa de conducta: *hay que tomar posesión de España, conocerla, recorrerla, amarla activamente*. «Vamos a inundar con nuestra curiosidad y nuestro entusiasmo los últimos rincones de España; vamos a ver España y a sembrarla de amor y de indignación. Vamos a recorrer los campos en apostólica algarada, a vivir en las aldeas, a escuchar las quejas desesperadas allí donde manan; vamos a ser primero amigos de quienes luego vamos a ser conductores. Vamos a crear, frente a ellos, fuertes lazos de socialidad... Vamos a impulsar hacia un imperioso levantamiento espiritual los hombres mejores de cada capital... Vamos a hacerles saber a esos espíritus fraternos, perdidos en la inercia provincial, que tienen en nosotros auxiliares y defensores... *Nosotros no tenemos prisa: prisa es lo único que suelen tener los ambiciosos.*»

La aparición a la luz pública de estas páginas de Ortega y Gasset no puede ser más oportuna. La dimensión política de nuestro más alto pensador es radicalmente desconocida por cuanto se refiere a esos escarceos públicos de lugar en lugar. Ortega y Gasset, en rigor, sufrió mucho más que gozó con la política y, para hacerle estricta y merecidísima justicia, es preciso afirmar que puso todo su corazón en el estudio de los grandes y graves problemas de una hora de España. Las piezas oratorias que se incluyen en este libro son,

ante todo, claro y directo testimonio de su preocupación. Nunca utilizó la tribuna para su medro personal y sí, en cambio, para abordar con extremada seriedad la meditación de los males de España. No hizo nunca de la política Ortega y Gasset, como no pocos han dado en afirmar, ejercicio de mera distracción espiritual... «No; don José no quiso hacer de la política un *flirt*, pero se dio por vencido. Cuando descubrió que "aquello", lo que era, no era "aquello" que él quiso que fuese, volvió la espalda con desencanto. Y los conductores no tienen derecho al desencanto. No pueden entregar en capitulaciones la ilusión maltrecha de tantas como les fueron a la zaga. Don José fue severo con sí mismo y se impuso una larga pena de silencio; pero no era su silencio, sino su voz, lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando.» Ante las palabras, de homenaje y de reproche, que José Antonio le dedica, tan sólo cabe recordar aquellas otras de inspiración pascaliana que, más o menos, expresan lo siguiente: *el corazón tiene razones que la razón desconoce*. Cabe, pues, el pensar: ¿No le atormentaría más el silencio a Ortega y Gasset, dueño absoluto de la palabra, que la acción dialéctica en la plazuela pública? ¡Qué extraña miseria y grandeza encierra la política...!

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

